

LOS FERIANTES: UNA VIDA POR OFICIO

LA LUCHA DEL FERIANTE EN LAS VUELTAS DEL CAMINO.

Hay ocasiones en que al tratar con algunas personas y cruzar las primeras cuatro palabras, sobran todas las demás. Es como si se estableciera una corriente de simpatía y comprensión entre lo que tú quieres saber, lo que te contestan y cómo te lo dicen. Es un tono especial de voz en el que se adivina la experiencia de la vida, el afán de lucha, la conformidad ante las adversidades, el agradecimiento por dormir bajo un techo y una bondad natural hacia los demás.

Esas personas pueden llegar a expresarse erróneamente, pero con toda la corrección del mundo. Generalmente son breves y muy sinceros en las respuestas y cada vez que hablan, se tiene la sensación de que el mundo se ha parado, que se conoce el por qué de todas las cosas. Es tan extraño, ... Tan irreal y tan palpable a la vez, ...

Flota en el ambiente una conformidad ante la vida en dosis bastante más alta que la que se tiene habitualmente y no hacen falta las preguntas porque sabes lo que te van a contestar.

Más tarde, mientras copias la conversación de la cinta para hacerte una idea de lo que se dijo continúa manteniéndose todavía ese estado tan especial de comprensión. Después, cuando revisas los folios manuscritos antes de trabajar en el enfoque definitivo, termina por colarse descaradamente esa vocecita machacona que repite que cuentas con poco material.

Cierto: Con esa brevedad en las respuestas la entrevista se escribe en un momento y quedará corta. Pero, ¿cómo explicar a esa vocecita que una entrevista con esa persona no es cuestión de un rato, sino de muchos, aprovechando las ocasiones que te brinden los meses o los años?. ¿Cómo convencer a otras muchas voces que todo lo que desearían conocer y ver escrito se encuentra en los ojos, ademanes y silencios de mi interlocutor?.

¿Sabéis lo que ocurre?, pues que después de haber experimentado esa paz y esa amplitud de miras que te han transmitido, resulta raro comentar lo que dijimos no porque sea superfluo, sino porque se encuentra dentro del terreno puramente cotidiano.

Perdón. Todavía no lo he presentado: Leopoldo García, natural de Lillo, con un piso en Corral de Almaguer donde vive cuatro meses al año y una caravana que le sirve de vivienda el resto del tiempo cuando viaja con su tiovivo; "el tiovivo de los caballitos".

Este hombre lleva veinticinco años dedicados a la profesión de feriante y el pueblo de Alcázar lo conoce desde que acompañaba a sus padres y se instalaban en el Arenal, junto a Marcelillo. Suele venir en el mes de Mayo y recoge sus cosas a mediados de Julio.

— ¿Cómo fue el dedicarse a esta profesión?.

Porque lo he vivido desde chico y me gusta. Al principio íbamos al Arenal y estuvimos allí 16 años; más tarde nos dieron permiso para instalarnos al lado de la plaza de toros, donde nos quedamos dos años. Luego nos vinimos aquí y llevamos lo menos seis. O sea, que veinticinco años.

— ¿Esa es la edad que tiene el tiovivo?.

¡Que va!, él tiene muchos más, alrededor de los cien años. Veinticinco son los que nosotros llevamos con él y en aquellos tiempos le costó a mi padre veinte mil duros. Debe ser uno de los pocos antiguos que todavía funcionan. Se murieron mis padres y lo llevo yo para **ganarme** la vida.

— ¿Y saca usted lo suficiente como para poder mantener a la familia?.

No. Aparte de esto, mis hijos, mi mujer y yo vamos a la vendimia y a la aceituna. Ten encuenta que yo salgo de mi casa en Marzo —fechas arriba o abajo alrededor del Día del padre— y regreso en Octubre. Esos cuatro meses y pico los caballitos no funcionan y hay que comer y vestirse y los chicos tienen las clases; por eso hay que ayudarse con los otros trabajos. Así es la vida y ya está.

— Es decir, que sus hijos no pierden cursos.

Claro que no. Mira, cuando yo era chico no había clases ni nada de nada, también éramos cinco hermanos, ... Nos enredábamos a jugar y no hacíamos caso de libros. Ahora, sin embargo, tienes a mis hijos que saben de todo. Van a clase con los frailes y en el verano me ayudan con esto.

— ¿Son pequeños?.

Ya no. El mayor está ahora en la mili, en el cuerpo de paracaidistas de Alcalá, el otro tiene quince y el más pequeño, once. El de en medio dice que va a estudiar electrónica: la verdad es que sabe mucho, ...

Leopoldo no sonríe a menudo. Es franco al hablar y amplía lo que dice gesticulando con las manos, ¡pero cuando habla de su mujer o de "los chicos" el panorama ya cambia!: La sonrisa le sale del alma y se le llena la boca comentando lo que le escribe el mayor, las veces que se ha tirado del avión o todo lo que aprenden los más pequeños.

Su gran deseo sería que alguno de ellos decidiese continuar los pasos de su padre; que cogiese las riendas de los caballitos y los hiciese trotar otro buen número de años por los pueblos y en los corazones de los niños. Pero...

Al mayor le gusta el servicio militar. De los otros no te puedo decir. No los veo yo muy animados; como no sea de aquí en adelante. .

¡Pero a mí me gusta mucho!. Mi vida es esta y como tengo que morir, allí o en casa, casi lo mejor sería con el tiovivo.

— ¿Hasta cuando va a continuar trabajando en esto?.

Hasta que me jubile. Pero mientras pueda... Es mi pan.

— Y cuando decida dejarlo, ¿tendrá alguna otra cosa?.

Nada, nada. Sólo soy un trabajador. Ahora nos arreglamos con lo de las recolecciones. En lo único que me he metido ha sido en un piso en Corral de Almaguer, pero todavía no he terminado de pagarlo. Hoy en día no se puede vivir de esta clase de aparatos, al menos con uno solo. Ahora, si tuviera un trabajo fijo estaría más tranquilo en casa, pero como no hay otra cosa, ...

— Me parece que si usted tuviese un trabajo fijo posible que lo sobrellevase, pero como fuera cosa de oficina, le enteraban en dos días.

No lo sé. En aquellos tiempos no había, como aquel que dice, estudios para nadie y quiero decir que yo no sabría trabajar en una oficina. La verdad es que me gusta mi oficio.

— Su mujer está de acuerdo con usted o reniega alguna vez.

Ella de vez en cuando ha dicho que es una vida muy así, pero le gusta porque hay que ir donde se gana para comer. Una vez se hartó muy en serio porque dormíamos y comíamos en una caseta de tiro que tenía el techo y el suelo de uralita. Dijo algo sobre que estaba harta de la feria y yo pensé en comprar una caravana para que no pensase tanto a la hora de cocinar,